

las manos providentes de Dios. (p. 200) En contra de tanta atrocidad de tanto horror se levantara un mundo de amor, de justicia tomando las fuerzas de dentro de los supervivientes. Se debe sufrir pero no se debe sucumbir, salir del horror de la guerra sin amargura, sin odio, incluso con elegancia.

Ella soñaba con la construcción de ese mundo nuevo y lo está haciendo a través de una voz que nunca se apaga, a través de sus escritos desde donde lanza un grito de esperanza de una nueva humanidad reconciliada. Grito que hemos alcanzado a oír a través de las páginas de este libro que no puede dejar indiferente a nadie que se acerque a su universo.

Al final de su vida escribió: «mi vida interior se está haciendo cada vez más sólida la exterior importa cada vez menos, la guerra y las absurdas atrocidades humanas no podrán cambiar mi corazón». Nada hizo que viera la vida como un sinsentido aunque sufrió miles de muertes cada vez que moría alguien en los campos de concentración. Vivió su dolor en comunión con millones de personas que tuvieron el mismo destino por el mero hecho de ser judíos. Esta mujer es un canto de esperanza para una nueva humanidad la que ella soñó y la que sigue construyendo desde sus escritos a los que tenemos la suerte de acceder y aprender grandes lecciones de vida. Gracias Ety.

ROSARIO PANIAGUA FERNÁNDEZ  
*Universidad Pontificia Comillas*

G. ZUNIGA, *Esté todo ahí, mística cotidiana*. Bilbao; Desclée De Brouwer, 2010, 250 pp.

La autora es antigua alumna de Karlfried Graf Dürckheim y Willigis Jäger a través de ellos y otros muchos ha descubierto su camino de contemplación y lo enseña en numerosos centros de meditación de todo el mundo. En el camino del *desasimien-to* busca encontrar lo auténtico; el camino de la quietud, el camino que transita de lo superficial a lo profundo, del tener al ser, de la dispersión al origen. Invita al lector a participar en la experiencia de los que están en camino, el resultado es un libro estimulante, un indicador de sendas por los que se puede transitar con confianza, es lo que vamos a ir poniendo de manifiesto en esta reseña.

El libro está escrito desde la experiencia eso se hace muy evidente, y es una invitación a entrar en el *espacio místico*, lo que constituye una afirmación nueva de la vida, una dinámica que nos lleva a unirnos con el círculo sin perímetro del ser, de ahí que resulte una nueva dinámica de actuación vital. Antes de la experiencia de plenitud la autora se vivía ciega, muerta a partir de ahí empezó a hacerle hueco a lo importante y desasirse de todo lo superfluo, ya sólo una cosa era necesaria alcanzar la plenitud interior que todo lo transforma. El aprendizaje consiste en *mirar al fondo* y no a otra cosa, desprenderse del ego y habitar en el Uno contemplándolo, vivir desde la fuente ejercitando el silencio interior.

El ver con los «ojos internos» ha estado confinado en un rincón siendo la verdadera dimensión del ser a la que todos estamos llamados aunque no lo sepamos. Conocer la verdad no es cosa de iluminados es un derecho que asiste a todo hombre con independencia de la religión que profese. El sondear en el *desierto* de la vida es

ir entrando en el camino espiritual. Las personas se plantean el *sentido*, la *esencia*, lo *auténtico* anhelan algo grande sin límites, la vida urge a la plenitud y mientras eso no suceda queda la insatisfacción, el desasosiego, la plenitud está dentro no hay que buscarla en otro lugar.

Señala la autora como las experiencias de plenitud proporcionan una paz y alegría profundas, usa la metáfora que esas experiencias son como un «agujero en la cortina» por el que se divisa la *realidad*, que antes no se había vislumbrado y se despierta a una vida más grande, más libre es la hora en que nace la libertad interior es la hora del encuentro con Dios sea cual la circunstancia externa (reclusión, enfermedad paralizante, etc.) la vida ya no se vive solos porque Dios la vive con nosotros, eso se experimenta es vivir fuera del tiempo en un *ahora eterno*.

Se podría convenir que la teología es el conocimiento racional de Dios y la *mística* la experiencia de Dios; para los escolásticos la mística es el conocimiento de Dios a través de la experiencia, la palabra mística viene del verbo griego *myein* que significa cerrar ojos y labios. Dice Rahner: «El hombre religioso del mañana será un místico, alguien que haya experimentado algo, o ya no será en absoluto» (p. 39). Hay místicos entre los filósofos, zapateros, amas de casa, bailarines, artesanos... cualquiera puede despertar a la mística, *despertar del sueño*. Los místicos son tales en cuanto insertos en la realidad, de lo contrario habrá que ponerlo en duda decía Teilhard de Chardin: «Cuanto más realista se sea, más místico se será, la pasión de unirse a Dios obliga al hombre a conferir a las cosas su máximo de realidad» (p. 41). El místico tiene una gran capacidad de trabajo y vive realmente, cuando trabaja lo hace totalmente entregado a la tarea, viviendo el momento centrado en lo que hace en ese instante no existe nada ninguna cosa es importante. La verdadera mística está abierta al mundo y rebosa amor por todo lo humano y ve con ojos contemplativos lo oculto tras la superficie, se despiertan los sentidos y la percepción interna se agudiza, ve lo divino en todos los fenómenos del mundo, los ve, los oye, los palpa.

En la experiencia mística el hombre se siente rozado por una realidad misteriosa por lo absolutamente Otro que lo vive como la realidad verdadera. La mística es una experiencia del ser, una experiencia de Dios, el místico es tocado por el misterio de Dios. Cuando una persona es tocada por el Otro penetra en unas realidades desconocidas, los misterios se viven transparentes, se vive la profunda realidad, todo ha cambiado, todo es nuevo, todo es distinto. La mística es un *encuentro* de Dios en mí, pero no a base de esfuerzo, es algo dado y lo único que supone es no querer nada y desasirse de todo. Ese nuevo estado de conciencia se caracteriza por la claridad y la apertura, tener experiencia de Dios es vivirlo, he aquí la meta, a eso es a lo que apuntan todas las religiones.

El hecho de ser uno con Dios atraviesa la vida entera, quien así lo experimenta vive a la vez en dos planos que son uno, enraizado en Dios atiende a su obligaciones cotidianas como cualquier otro, pero siempre orientado hacia ese amor, dejando traslucir un destello del misterio que vive en su interior.

En cuanto a la *contemplación* es una meditación sin objeto, carente de imagen y palabra, en donde la mente reposa; el que la práctica se adentra en el fondo de su ser para percibir la Verdad y encontrar su fuente que no es otra que el mismo Dios, abandona todo pensamiento y toda imagen para entrar en el misterio, deja atrás todo lo accidental con el fin de encontrar lo Absoluto. Se ejercita en traspasar con su

mirada la esencia. En la contemplación la persona entra en el *templo* interior, en el espacio divino y se deja encontrar por el Todo, es cuando se da la fuerza del «encuentro» que es la meta de la contemplación, a eso conduce cuando es auténtica en la que está presente el desasimiento de todo lo que sea afán de grandeza, prestigio, fama etc. Es cuando *ya no se quiere nada*, cuando ya no se desea nada, cuando el yo ha desaparecido, cuando se ha abandonado todo, entonces y sólo entonces ha aparecido el Absoluto que lo llena todo.

En la contemplación no se trata de hacer sino dejar de hacer, no se trata de añadir sino de quitar, el no tener nada es tenerlo todo dirá el maestro Eckhart. El camino hacia la verdad, hacia la felicidad pasa por el desasimiento, cuando las manos han quedado vacías el cielo se abre, el camino de la contemplación significa *perder*, abandonarse, desligarse de la estructura del yo, quien es rozado por el absoluto ya no necesita nada, nada le falta, la sed desaparece.

En este camino la persona se mantiene serena deja que las cosas sucedan no se rebela se abandona, está disponible a lo que «es ahora» a lo que la vida haya preparado, se trata de vivir la vida en armonía con ella, sin poner resistencia a fluir con ella, todo sucede... Se trata de estar *ahí*, *adentrándose* en el interior sin pretender nada concreto, esa es la tarea más importante de la vida, vivirla tal como acontece sin poner resistencias. No hay que resistirse hay que hacer hueco a lo divino, a lo auténtico que quiere manifestarse en nosotros, entrar en el mundo de la esencia en donde lo que importa es *ser no tener*.

Para todo ello el *silencio* es el camino para el conocimiento, para el encuentro consigo mismo, callar es sumergirse en honduras cada vez más profundas hasta llegar al lugar en donde la verdad absoluta tiene su casa, no hago silencio, soy silencio; la quietud aguza el oído para percibir otras cosas, cuando se abandona el pensamiento aparece la quietud, el pensamiento es ruido interno. Quien tiene oídos para oír y ojos para ver advierte el silencio en todas partes por eso decía Silesius: «quien ha llevado a sus sentidos a lo mas interno, oye lo que nadie oye y ve en la noche» (p. 114). Cuando se está presente en el ahora se percibe la quietud en sí y en torno a sí, no es necesario más que prestar oído una y otra vez a esa quietud.

La persona que practica el silencio se hace «perceptora», percibe al otro, percibe la realidad circundante, percibe las noticias de lo divino, se percibe mejor que a través de largas discusiones, el que vive en el camino interior percibe el silencio y desde el silencio, sólo el oído vacío de todo sonido puede percibir así. Abandonar lo múltiple es acercarse al Uno, donde está Todo no falta nada. Para poder irrumpir en esa nueva conciencia la persona tiene que vaciarse, dejar de ser y tornarse una con el Todo, morir a sí mismo es encontrarse realmente a sí mismo, ya no falta nada.

Pero la prueba inequívoca del encuentro con Dios, no sólo reside en la autenticidad del encuentro, sino en la irradiación amorosa a todos los semejantes, esto marca un modo y manera de relacionarse con todos en todo, en el modo en que está en la vida en el modo en que desarrolla su trabajo. Es notable la meticulosidad con la que se relaciona con las personas, con las cosas y manipula los objetos con gran delicadeza.

Cada momento, cada instante es vida en su totalidad, no hay momentos sin importancia, cada momento es irreplicable cada momento sencillamente *es*, cada ahora es una nueva creación, la vida renace en cada momento, cada día lo es ya todo,

decía Ramón Llull: «El hombre tiene que ser feliz sólo por ser» (p. 155). Pero quien ha llegado al *monte* de la iluminación no puede acampar allí, debe bajar del monte y contar lo que allí ha sucedido, es en el duro día en donde la experiencia tiene que acreditarse, con todos los problemas y dificultades. En lo cotidiano irrumpe lo divino y se hace visible de forma tenue, la vida vivida conscientemente transforma a la persona, se trata de vivir conscientemente, en apariencia nada ha pasado pero vive en la Presencia Eterna. Todo se ha convertido en Dios, no tiene que retirarse a la soledad para experimentarlo, haga lo que haga está Dios, espiritualidad y cotidianidad viven juntas.

Tras la lectura de este texto sólo queda el silencio, el Silencio, su mensaje nos hace vibrar con un pulso nuevo, es como o una lluvia fresca en una calurosa tarde de verano, tiene mucho que aportar a un mundo obstinado en lo inmediato, en el éxito, sin posibilidad de hacer hueco al Otro que plenifica toda existencia humana. De la mano de su autora hemos sido conducidos hacia dentro de nosotros mismo, hacia nuestra naturaleza más profunda, habla de experiencia de Vida, de Ser sin otro objeto más que la presencia en el *instante*. Al acabar las páginas nos encontramos en silencio, plenos en la desnudez en intimidad con el Silencio. El libro es expresión de ese *hilo dorado* que ha construido la vida de la autora, nos encontramos ante un testimonio real, vivido sin otra pretensión que *ser* con independencia de modelos, ideologías, confesiones. La autora es, ella misma, lo que dice y habita el mundo con alegría. Merece la pena adentrarse en esta silenciosa aventura a través de sus páginas.

ROSARIO PANIAGUA FERNÁNDEZ  
Universidad Pontificia Comillas

C. CLERICO MEDINA, *Los cuentos de Luca. Un modelo de acompañamiento para niñas y niños en cuidados paliativos*. Bilbao: Desclée De Brouwer, 2011, 144 pp.

Luca es un niño pequeño, bueno, sensato aprendiz de mago; su vida no fue larga pero si ancha, honda. El libro trata de ayudar a los padres de niños con una enfermedad terminal en cuidados paliativos. Luca supo crear un mundo mágico en el hospital aunque siempre volvía a la realidad de los adultos, a su propia realidad; supo encontrar mucha luz y verdad en un mundo mágico, extraordinario al que sólo tenían acceso Mateo su hermanito menor y Pablo su mejor amigo.

En este mundo mágico su cama de hospital se convierte en una enorme montaña y ahí dentro, en un castillo encantado vive Gufo, su maestro de magia y de vida. Es un cuento destinado a las familias que están atravesando esa dura experiencia, el autor trata de poner un bálsamo en el alma de los niños muy enfermos y de su familia. Hay que leerlo muy despacio, con paz. El autor trata de dar ideas y consuelo para sobrellevar una muy difícil situación como es la muerte de un niño. En Luca encontramos un reflejo franco y honesto al que se puede mirar para aprender. Hay en el libro un mensaje de esperanza al tratar de descubrir Vida y sentido a pesar de un intenso dolor.

El autor es maestro en Desarrollo Humano por la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México en la especialidad de Desarrollo Transpersonal y de ahí caminó